INDIVIDUO Y UNIVERSALIDAD

lagogonzalezmanuel@hotmail.com

La catolicidad o universalidad no se constituye desde la abstracción o idea universal como si se tratase de un ser, que no lo es. La universalidad se constituye como una suma de los individuos que precisamente, siendo lo que son, pueden ser considerados con un denominador común, que les hace específicamente iguales. La individualidad y singularidad no se oponen a la universalidad de los individuos. La realidad es el individuo, los individuos todos. ¡Pero los individuos no son completamente distintos¡ No son contrarios. Lo que marca la paz entre ellos es la justicia que defiende al individuo. Cuando el individuo prescinde de su propio ser se inutiliza. Cuando el individuo no respeta, no ve, no mira a los demás individuos como tales, delinque, es injusto.

Pero hemos de ver al individuo respecto de la universalidad desde todos los ámbitos de su ser. El individuo ha de ver por la universalidad humana hasta donde pueda llegar, hasta donde sea capaz de ver y pensar.

La visión de los demás se llama justicia. La actuación humana lleva inscrita –incluso cuando está en la más recóndita intimidad- una dimensión con los demás. El individuo es esencialmente extrovertido. El individuo siempre piensa en alguien. Nunca trabaja para sí mismo, siempre trabaja para alguien. Lo que realiza puede hacer siempre referencia a alguien más. No está por demás el ver a Dios también en esta realidad

universal. Podemos pasar a hablar de la universalidad puesto que cuando decimos universalidad, decimos universalidad de individuos.

El individuo que no mira hacia la universalidad es un ogro. El ejercicio auténtico de la individualidad –como hemos dicho, guiada por las reglas de la justicia universal- es sociable. El individuo es sociable y la norma de la sociabilidad es lo justo en sentido amplio.

La condición social le obliga a incrustarse en la sociedad, en la Iglesia, en el estado etc.

Una vez asentada la sociabilidad del individuo, éste se ha de encastrar en la universalidad mediante la asociación (en sentido genérico) que es un modo de ser sociable. Suele ser un ejercicio que es preciso realizar de modo más o menos amplio. Pero el hombre no es hombre sin lo común.

Y ello, si se ejercita, va a avenar el río de la Iglesia universal, de la sociedad y del estado.

El individuo tiene obligación de engrandecer la Iglesia, la pertenencia moral de las personas a Dios en su ámbito o alcance. Pero no puede hacerlo si no es individuo católico, si no tiene el alma hecha al modo divino de vivir en la tierra, en medio de este mundo. El individuo que no carga con el peso de ser para con Dios un instrumento limitado pero eficaz, es un ser deforme, no es cristiano, es una excrescencia, un ser deforme.

El individuo que no asegura una capacidad profesional, es un engendro malogrado, como un abortivo. El individuo que no configura el panorama de una sociedad de individuos asociados, forma parte de un rebaño que van a dominar los aventureros, que pretenderán siempre hacer la ingeniería social.

El individuo ha de ser un elemento vivo y eficaz tanto de la Iglesia como del Estado.

Nada más lejos del individuo que el individualismo. Y nada más lejos de la sociabilidad que la falta de responsabilidad personal y de vida íntima.

Pero es necesario hacer una matización que evite la contraposición arriba indicada: si la universalidad no se identifica con la unidad real, todo se ha derrumbado por un error brutal y por una tremenda inmoralidad que consiste en un pecado contra la "humanidad", "lesahumanidad". Los individuos son universales, son de carácter católico, que es la universalidad real que nos une a todos sin posibilidad de contraposición. Sucede del mismo modo como todos formamos un solo universo, y somos hijos reales en Dios y de Dios.

El individuo que no tiene la pasión de la unidad y universalidad, está corrompido en su propia individualidad.

lagogonzalezmanuel@hotmail.com